

Cuando el átomo le ganó al bit

Luis Fernando González Escobar

Ya es un lugar común decir, con Borges, que “el Paraíso sería algún tipo de biblioteca”, una inmensa y cosmopolita biblioteca. Para muchos, esa biblioteca se estaba logrando, pero no de la manera que lo esperaba el “divino ciego”; esto es, en un espacio físico concreto. Quedaban atrás las arquitecturas míticas de las grandes bibliotecas desde la antigua de Alejandría a la contemporánea del Congreso en Washington, con la solemnidad de sus portadas y accesos, las rituales escalinatas y enormes cúpulas, el eco ampliado de los pasos en las salas, los silencios concentrados de los lectores aplicados, pues ahora se configuraba en red, virtual, y con la posibilidad de acceso a todos los libros digitales. De hecho, desde el 2009 se puso en funcionamiento la Biblioteca Digital Mundial, o la WDL –*World Digital Library*–, promovida por la UNESCO y por la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

En 1995, Nicholas Negroponte anunciaba el inicio del fin del libro, qué paradoja, en su libro *Ser digital*: “El futuro ya está aquí, y solo existen dos posibilidades: ser digital o no ser”, como rezaba el subtítulo de la edición en español. Era el paso a la sociedad posinformática, aquella misma que se trasladaba del mundo de los átomos al *mundo de los bits*. El libro físico desaparecería, reemplazado por el digital. Y en aquel libro, Negroponte, cómo no, planteó “la posibilidad de que veinte millones de personas tuvieran acceso a una biblioteca digital que funcionara de forma electrónica y donde se pudiera obtener información de manera gratuita”. Para el arúspice de los bits, esto era, no solo irrevocable, sino imparabile. Seríamos un planeta digital donde incluso las escuelas se transformarían en museos y salas de juego

solo para que los niños estructuraran sus ideas y se relacionaran con otros niños. Nada de libros. Se trataba ahora de los tiempos de los ordenadores, tabletas, *laptops*, *IPads*, *Kindle*, entre otros nuevos nombres de los soportes donde se definían las nuevas prácticas de lectura.

Pareciera que en ciudades como Medellín algunos políticos y arquitectos quisieron materializar ese sueño futurista de manera consciente o, en su defecto, de forma coincidente con aquellos postulados; así, entre la última década del siglo xx y la primera del xxi, en la capital antioqueña se construyeron las famosas bibliotecas sin libros, esa nueva tipología de arquitectura pública que se implantó en algunos de nuestros barrios para conectar a la ciudad y a sus jóvenes con la globalidad. Como lo señalaba Negroponte para otros rumbos, nada de libros. O, apenas los suficientes. Muchas computadoras para la conexión virtual. Eran espacios para el encuentro, la socialización, el intercambio y los juegos. Grandes contenedores donde importaba más la forma externa, la impronta simbólica del contenedor, que el propio contenido, y de donde la espacialidad interior solemne y silenciosa del lector fue expulsada. Tiempos del bullicio y del tropel de los juegos virtuales y de las redes.

Y así andaba el planeta digital, avanzando, hasta que lo alcanzó la pandemia de covid-19. La velocidad de la globalización rápidamente dispersó el virus, nos contagió y por igual nos confinó. Todo en ese momento fue virtual para felicidad de Negroponte y sus fieles de la iglesia de los bits: las pantallas y las conexiones para el trabajo, las clases, las conferencias y la vida cotidiana. Seguramente no esperaban

que se hiciera realidad de esta manera, pero tampoco aventuraron que aquella inmersión al paraíso de los bits resultara claramente contraproducente para su ideario del planeta digital.

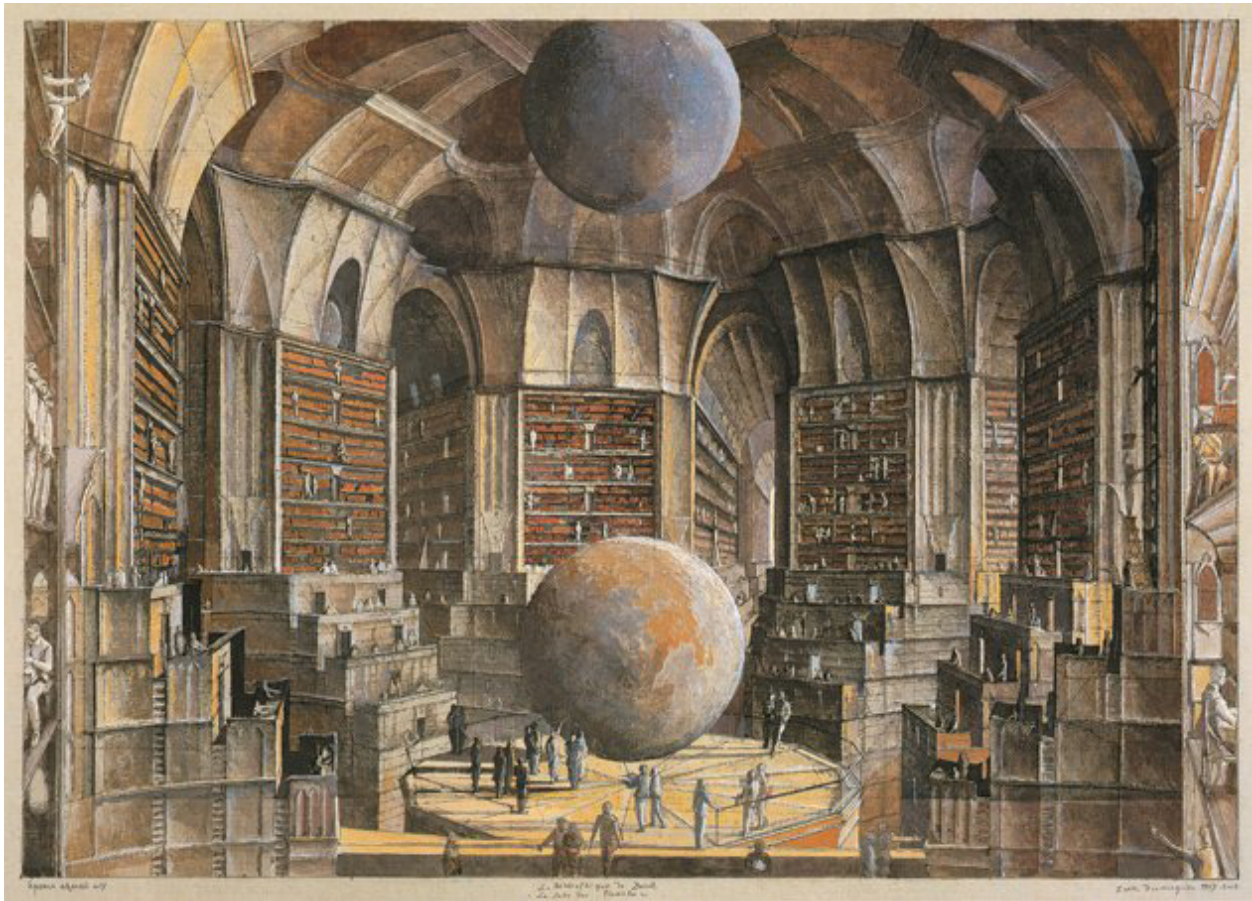
En pocos meses de encierro, la sociedad se cansó de la pantalla, del teletrabajo, de la distancia física y de la conexión y proximidad virtual. Se reclamó el contacto, el encuentro y la sociabilidad en el espacio físico. La experiencia de los átomos se reactivó y, con ella, los mismos libros. Cuando todo el mundo esperaba que los libros digitales se impusieran en tiempos de pandemia, ocurrió lo contrario. Hubo demanda virtual, pero de libros físicos. Las librerías debieron trabajar más de la cuenta, pues se incrementó la compra de los libros, y algunas que estuvieron en crisis antes de la pandemia, de manera impensada, incrementaron sus ventas, pues la gente no quería leer en tabletas, sino volver a sentir la experiencia de ese objeto libro con sus olores, texturas y formas adaptadas a la mano. Aunque lo ocurrido en pandemia lo que hacía era confirmar una tendencia que venía desde 2015, aproximadamente, cuando la venta de los soportes para los libros electrónicos no solo no se incrementó, sino que llegó a su techo y entró en franco declive, como ocurre en el momento. Incluso, empresas como Amazon, que promovían las ventas de libros electrónicos, abrieron librerías físicas. El libro no se había ido ni se iría, algo que el confinamiento de la pandemia confirmó.

El mundo, por el momento, se ralentizó. Se cumplía de alguna manera aquella idea del filósofo y urbanista Paul Virilio del “gran accidente”; esto es, la “irrupción de lo imprevisto” que, preveía, podría paralizar al mundo y le había disminuido su velocidad. No era una catástrofe definitiva, como la que auguraba en su pensamiento filosófico, pero le llamaba la atención sobre su constante aceleración y la necesidad de disminuirla. Entonces, en

ese silencio y soledad urbana globalizada de la pandemia, me reía de familiares y amigos que antes me reclamaban por mi anacronismo de seguir manteniendo una biblioteca con libros de papel ocupando los espacios de la casa, estorbando, recogiendo polvo y, tal vez, picados por el comején, mientras se ufanaban del *Kindle* y de sus libros contenidos en memorias, en la asepsia minimalista de sus apartamentos. Desconectado, viajaba sin rumbo fijo entre los estantes de libros, como alguien, como señala Beatriz Sarlo a propósito de Walter Benjamin, “para quien la biblioteca era un espacio físico tanto como intelectual, no solo un lugar de investigación sino de vagabundeo y ocio”.

Un entrañable vagabundeo que me llevaba a otras dimensiones espaciales y temporales. Los libros y sus autores alcanzaban una mayor trascendencia que superaban la coyuntura. Nada de la inmediatez de las redes, sino la profundidad de la historia y la lejanía de las geografías fantásticas; así, volver sobre cada tomo acumulado —leído o no— era entender a la vez la coyuntura del momento vivido, pero en relación con otros momentos históricos y otras sociedades con las cuales establecía vasos comunicantes. Incluso, los tiempos del confinamiento permitían lecturas con otras sensibilidades puestas en los textos, a la manera de aquellos monjes medievales en los claustros, sin las premuras del día, del presente y de la calle vacía.

Pero, además era el ocio supremo para el reencuentro con la biblioteca y sus contenidos. El solo placer de pasar por las estanterías y sus disposiciones de manera lenta en ese gran inventario de voces silenciosas a punto de soltar todo su contenido con el mero acto de hojear sus páginas. El dedicar el tiempo necesario a acariciar los lomos y recordar autores y títulos, parcial o, incluso, totalmente olvidados. Terminar de desempacar aquellos libros traídos, pero apenas dispuestos sin incorporar



Erik Desmazieres, *La sala de los planetas*, grabado, 1958.

plenamente en ese orden o caos temático que es la biblioteca personal. Acomodar los que, por premura, tocó dejar en cualquier parte o los que no encontraban su lugar. Sorprenderse de encuentros inesperados, ya por un autor, un libro o una cita. Mirar con gran delectación las ilustraciones fotográficas, pictóricas o de los hermosos grabados con sus texturas. Improvisar un viaje por las cartografías, con sus geografías y toponimias, hasta perderme en ese infinito... En fin, puede que, de manera egoísta, mientras allá afuera la catástrofe y el miedo se apoderaban del mundo, la biblioteca se erguía como el gran bastión.

Era el refugio ideal para salvarme del ahora y su coyuntura de estupidez humana multiplicada por las redes sociales, con sus agoreros y casandras, con los nuevos profetas del fin

del mundo y los revividos salvadores con sus pócimas milagrosas; en fin, de ese circo de la velocidad del planeta de los bits que conecta y viraliza, pero que pareciera empobrecer más la cultura y a las sociedades globales. La biblioteca era un refugio que me insertaba con contenida emoción al verdadero torrente de la historia. Era una verdadera arca de papel que navegaba sobre la coyuntura a través de los tiempos, los mejores de antes y los que probablemente vendrán.

Luis Fernando González Escobar. Profesor titular, Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia –sede Medellín–. Coordinador académico del doctorado en Estudios Urbanos y Territoriales –DEUT–.